

cia reconocía un Ser Supremo. ¡Tal vez consista en eso el error que impidió á la gran nación el ser feliz! Una hoja volante de la Suiza alemana proclama que, para libertar los instintos y las inclinaciones de la naturaleza, "es indispensable destruir la idea de Dios." (1). Admirables libertadores son los tales materialistas. Para emancipar al hombre de la dominación del espíritu le someten al yugo de la materia, sin ver que el hombre así libertado no sería más que un bruto. ¿Es este acaso el ideal de nuestros destinos?

También en Inglaterra se hace una propaganda de ateísmo con mezcla de doctrinas socialistas. En 1828 se publicó un libro titulado: *La constitución del hombre*: es el hombre reducido á la materia; en poco tiempo se despacharon 80.000 ejemplares. En 1851, las publicaciones francamente ateas se elevaron á la enorme cifra de 640.000 ejemplares (2). Se ve que el ateísmo progresa. Además, se celebran conferencias públicas en que los doctores de ateísmo desafían á sus adversarios, y se declaran prontos á combatir la existencia de Dios contra quienquiera que la sostenga. El 24 de Mayo y el 1.º de Junio de 1852 se celebraron en Londres discusiones públicas entre el reverendo Enrique Townley y el apóstol del ateísmo Holyouke sobre esta tesis: "¿Hay pruebas suficientes de la existencia de un Dios, es decir, de un ser distinto de la naturaleza?" Notemos, sin embargo, que los ateos, en Inglaterra, no se dan ese nombre, y llaman á su doctrina el *secularismo*. "Nuestro origen y nuestro fin, dicen ellos, son misterios impenetrables. ¿Y qué nos importan nuestro pasado y nuestro porvenir? Nosotros vivimos en el siglo y en él debemos vivir lo mejor que sea posible," (3). Como se ve, el *secularismo* es una reacción contra el cristianismo tradicional, que en esencia es una religión del otro mundo (a). De una y otra

(1) Estos detalles los tomamos de NAVILLE, en *El Padre Celestial*, p. 118, 119.

(2) NAVILLE, *El Padre Celestial*, p. 128.

(3) CH. DE REMUSAT, *Controversias religiosas en Inglaterra* (*Revista de Ambos Mundos*, 1856, t. v, p. 503).

(a) Este error fundamental, que ya hemos notado, lleva al autor á contradicciones que el lector irá advirtiendo entre su doctrina, su crítica y sus deseos, lo cual le coloca en posición embarazosa y fácil de ser combatida. Ya le veremos queriendo ensalzar aquí con *Jefferson* la pura doctrina de Jesús, después que le ha tratado despiadadamente á lo *Voltaire*. Colocárase en el terreno firme del espíritu que vivifica las creencias y depura las doctrinas, como *Ed. Quinet*, y todo le sería llano y fácil. La crítica escéptica no crea ni funda nada, destruye.—(Nota del Traductor.)

parte hay extravío; pero la exageración cristiana pone al menos á cubierto la dignidad de la naturaleza humana, mientras que el hombre materializado ya no se distingue de la planta y del animal. ¡Magnífico trabajo el de combatir la idea de Dios para llegar á semejante resultado!

N.º 3. — *El positivismo.*

Sin duda los ateos comprenden que su doctrina repugna á la conciencia humana. En Inglaterra, sin dejar de combatir la existencia de Dios, toman un nombre insignificante que, en rigor, también podrían tomar los deístas. En Francia se disfrazan de algún modo llamándose positivistas. El positivismo es la tendencia del siglo, pero es también una doctrina nueva que tiene la pretensión de reemplazar las antiguas religiones y á las escuelas filosóficas. Bajo cierto punto, el positivismo es una religión: una religión fundada sobre el ateísmo. Hé aquí una singularidad reservada á nuestro tiempo. ¿Será ese el último homenaje que los materialistas rindan á la idea religiosa? El positivismo ha encontrado un defensor en un hombre de gran talento, el doctor Littré, literato distinguido, sabio universal. Vamos á exponer sus ideas tomando por guía el libro que publicó en 1851 con el título de *Revolución, Positivismo, Conservación*.

La sociedad moderna padece un mal profundo; se agita sin cesar como un enfermo en su lecho para encontrar reposo, y el reposo huye de ella. En Francia hay una revolución cada diez años, en España cada ocho días. Podríamos añadir que también la Alemania es presa de la revolución bajo el régimen de la fuerza. En Inglaterra ruge la tempestad en las capas inferiores de la sociedad; ¿se conseguirá siempre contenerlas? Los positivistas preguntan de dónde viene esa perturbación, esa agitación febril y estéril. Evidentemente de la anarquía intelectual y moral, se contesta. No se cree ya en nada, no hay ya ley que una las inteligencias en un símbolo común. La naturaleza del mal indica el remedio; se necesita una doctrina que, aceptada por todos, venga á ser la ley común para todos. ¿Dónde encontrarla? Hay una que tiene la pretensión de mandar á las inteligencias, es el cristianismo tradicional. Los positivistas dicen el catolicismo, porque, como todos los escritores franceses, no conocen el cristianismo más que

bajo la forma católica. Mas la religión católica ha hecho ya su carrera; la ciencia demuestra la inanidad de sus dogmas, y de hecho no cuenta ya más que con escasos fieles. Inútil es hablar del protestantismo, que, á los ojos de los positivistas, no es más que un catolicismo degenerado é inconsecuente. Es, pues, innegable que las religiones son ya impotentes para unir las inteligencias. Nos dirigiremos á la filosofía. Pero ¿qué es la filosofía? No ha hecho más que sustituir á los seres sobrenaturales imaginados por las religiones otros seres abstractos igualmente destituidos de realidad. La filosofía no tiene poder más que para destruir los dogmas religiosos, y se ha mostrado siempre impotente para reedificar; no ha hecho más que aumentar la anarquía intelectual, es decir, que en vez de curar el mal, lo agrava.

El remedio está en una doctrina que reemplace los misterios de la religión y las abstracciones de la filosofía con realidades positivas que la ciencia demuestra y que, por lo tanto, nadie pueda negar. Supuesto que esa doctrina descansa en datos suministrados por las ciencias exactas, es necesario para levantarla seguir el método que tantos progresos ha realizado en las ciencias. En lugar de recurrir á hipótesis quiméricas para explicar los hechos de la naturaleza, se deben observar los fenómenos para descubrir sus leyes. Con estos procedimientos se han formado las matemáticas, la astronomía, la física y la química. Conviene, pues, aplicar el mismo método al conocimiento del hombre individual y de la sociedad. Y que no se diga que el principio de la certidumbre es diverso en los distintos órdenes de conocimientos. No existe ciencia sino á condición de ser exacta; si no es exacta, no es ciencia. Las dificultades son grandes, es cierto; pero es necesario vencerlas; en ello va la salud del mundo.

En las ciencias exactas se observan hechos exteriores que caen bajo el dominio de los sentidos. ¿Sobre qué debe girar la observación cuando se trata de la ciencia del hombre, á la que los positivistas llaman biología? Los discípulos de Cousin responden: sobre los fenómenos morales, sobre el alma. Pero ¿qué es el alma? ¿Quién la ha visto? La psicología es una ciencia fundada sobre el absurdo: es el alma observándose á sí misma, es el ojo que quiere verse, es el órgano que observa y que es observado. Dejemos á un lado esa quimera y

atengámonos al cuerpo, á los órganos cerebrales. Ante todo, se deben estudiar la planta y el animal; el estudio del animal es indispensable antes que todo. En efecto, el hombre tiene sobre el animal cuanto más la ventaja de algunas facultades intelectuales más eminentes, y, por mejor decir, entre sus facultades y las del animal no hay más que una diferencia de grado. Al tenor de esto, hay que estudiar el cerebro, siguiendo la senda abierta por el doctor Gall, el cual ha creado la verdadera ciencia del hombre. De este modo, en vez de psicología y de la metafísica, tendremos la zoología y la frenología.

Los positivistas reducen el hombre y el mundo á la materia y á la fuerza, como dice Büchner, el doctor del materialismo. Dios viene á ser una hipótesis inútil. "La exploración científica, dice monsieur Littré, durante el largo curso de los siglos, demuestra que nada de lo que se llama causa primera es accesible al espíritu humano, y que ni por uno ni por muchos dioses se puede explicar el origen del mundo. Este resultado, convertido en principio, entraña toda la organización social del porvenir." En vano se querría mantener la idea de Dios; sería necesario reducirle á la nulidad, á un oficio nominal, porque la observación científica atestigua que en la marcha de las cosas, tanto del mundo orgánico como del mundo inorgánico, no hay señal alguna de un gobierno de lo alto, nada sino un encadenamiento perpetuo de leyes (1). Dicho se está que para los positivistas, la inmortalidad del alma es un sueño: "La ciencia, dice monsieur Littré, no ha podido comprobar un solo hecho de vida después de la muerte, y así, la opinión de la perpetuidad individual va progresivamente descendiendo como un lago donde no entran aguas," (2).

¿No es esto el ateísmo en crudo? Es más que eso. "A despecho de algunas apariencias, dice monsieur Littré, la filosofía positiva no acepta el ateísmo," (3). Y ¿por qué? Porque el ateísmo afirma alguna cosa, es todavía una manera de teología que echa mano del acaso, de los átomos ó de la naturaleza para explicar el mundo. Los positivistas no niegan á Dios, lo eliminan del pensamiento. Bajo este concepto parece preferible el ateísmo; conserva siquiera una vaga preocupación de las cosas

(1) LITTRÉ, *Conservación, revolución, positivismo*, p. 279, 298.

(2) LITTRÉ, *Conservación, revolución, positivismo*, p. 123.

(3) LITTRÉ, *Palabras de la filosofía positiva*, p. 30.

que no caen bajo el dominio de los sentidos, en tanto que los positivistas hacen profesión de no importarles absolutamente nada las cuestiones que la experiencia no pueda resolver. ¿Qué es la religión dentro de ese orden de ideas? Es el grado más bajo de la civilización, y rige á la humanidad sólo en su infancia. Cuando los hombres se desprenden de los lazos de la fe, quedan todavía encadenados en los de las abstracciones filosóficas. Pero tienen que realizar un último progreso, cual es el de abandonar los sueños de la metafísica y los de la religión, para atenerse á lo que es positivo, esto es, á los hechos físicos y sociales que son del dominio de la experiencia y del cálculo. De este modo, todos los grandes problemas que desde remotos siglos vienen siendo el tormento del espíritu humano, pero atestiguando también su grandeza, la creación, la Providencia divina, y la libertad humana, la lucha del bien y del mal en el hombre y en el mundo, la creencia en una vida futura que complete nuestra existencia, todo eso no sería más que un sueño, y para consolarse de los misterios de su destino, el hombre no tendría más que la ciencia de la naturaleza y de sus maravillosas aplicaciones: telégrafos, caminos de hierro y buques de vapor, telares de lino y de algodón, turbinas y máquinas de toda especie, tales serán los únicos pensamientos, las únicas ocupaciones dignas de los hombres de nuestra época. Oigamos un momento á M. Littré:

"La misma tradición histórica es la que, sin nada de arbitrario, de pasajero y de fortuito, nos conduce al reinado de la industria. *Ante la industria todo el pasado cae y se desvanece sucesivamente.* Para el hombre moderno no puede ya haber otra ocupación temporal ni otra actividad práctica más que la ocupación y la actividad industrial... Si el advenimiento del régimen industrial es inevitable, lo es también que los jefes de la industria sean nuestros jefes temporales... No tenemos necesidad de Césares ni de reyes que concentren en sus manos el poder de la espada; esas funciones, preeminentes en otro tiempo, no tienen ya ocupación. En cambio tenemos necesidad de directores que sepan conducir los trabajos pacíficos de la industria con firmeza é inteligencia... Allí es adonde debe llegar todo el poder temporal," (1).

(1) LITTRÉ, *Conservación, revolución, positivismo*, p. 119.

El autor no habla del poder espiritual; ese poder supone almas, y el alma es uno de esos sueños de la religión y de la metafísica de que los positivistas han librado á los hombres. ¡Dichosa la humanidad que hallará su satisfacción en fabricar hierro y en hilar lino y algodón! Pero, ¿y el sentimiento? ¿Y la aspiración á lo infinito? ¿Irán los poetas á recibir sus inspiraciones á las fábricas y á los telares? ¿Irán Beethoven y Mozart á recibir lecciones de armonía á los sitios donde rugen las máquinas de vapor? Un discípulo de Comte, el gran sacerdote del positivismo, nos ha hecho saber que el hombre tendrá siempre un culto: se adorará á sí mismo. En realidad de verdad, el hombre no ha adorado nunca más que á la humanidad (1). Esta frase es de Feuerbach. El filósofo alemán es una gran inteligencia, y Littré no es indigno de aparecer á su lado. ¡Y bien! Nosotros preguntaremos á esas inteligencias de primer orden si encuentran su satisfacción en adorarse á sí mismas. El hombre no adora más que á la perfección: ¿cómo habría de adorar á un ser tan imperfecto como él mismo! Y después de todo el lote y el padecer de los hombres superiores, ¿no es cabalmente el sentir mejor que los demás las imperfecciones de su razón y los desfallecimientos de su voluntad? Y cuando se hallen en uno de esos momentos en que digan con San Pablo: Yo quiero el bien, y no lo hago; yo detesto el mal, y lo practico; ¿estarán también entonces dispuestos á adorarse?

Pero á qué continuar estas interrogaciones... Nos parece que la humanidad no está dispuesta á hacerse positivista á la manera de Augusto Comte. Ni siquiera creemos que los escritores que á él están afiliados como á su maestro se hayan convencido de su doctrina; por lo menos, no aceptan todas las consecuencias. Por lo que á nosotros hace, no es imposible tomarla en serio. Si hemos insistido en dar cuenta de esos extravíos, es porque forman una señal de los tiempos que tiene suma gravedad. Se necesita que las religiones y las filosofías oficiales dejen la inteligencia y el alma bien vacías para que Littré y Stuart Mill puedan aliarse con Augusto Comte, el más falso, el más insípido, el más enojoso de los profetas. Ya

(1) *Observaciones generales sobre la doctrina positivista*, por LOMBRIL. El autor dice que su obra fué revisada por Augusto Comte.

es tiempo de que examinemos las causas de la incredulidad. Un hecho por sí mismo no prueba nada; lo que se necesita conocer es la razón de las cosas. Pues bien; ó mucho nos engañamos, ó la incredulidad misma atestigua religión, y más de un incrédulo se halla más cerca de la fe que los ortodoxos.

§ II. — Las causas.

I

¿Es cierto que todos los que se llaman incrédulos quieren arrojar á Dios de la sociedad? Hay que desconfiar de los ortodoxos, protestantes ó católicos, cuando hablan de la incredulidad, porque creen fácilmente que negar la divinidad de Jesucristo es negar el Dios personal, y á sus ojos, negar que Dios Padre sea un viejo con una larga barba, rodeado de ángeles y serafines, es tanto como negar la divinidad. Esas imputaciones demuestran la estrechez de espíritu de todos cuantos las hacen. No; los deístas no son ateos, y los panteístas tampoco. Dios nos dé incrédulos como Voltaire é impíos como Spinoza. Hay más: no basta decir: se predica el ateísmo, se hace una propaganda de materialismo, se levantan altares á la nada; es necesario ver qué sentimientos animan á esos apóstoles de nuevo género; es necesario inquirir las causas de ese movimiento de incredulidad que nunca ha sido tan violento como después de la reacción tan celebrada de la ortodoxia cristiana. ¿No podría suceder que un exceso hubiese producido otro exceso? Los que atacan todas las creencias religiosas con tanta violencia, ¿acaso no confunden la religión con el cristianismo tradicional? ¿Acaso no es la misma guerra de Voltaire contra la infame, es decir, contra la superstición, contra el error y contra la mentira?

No es nuestro ánimo justificar el ateísmo ni legitimar el materialismo; nuestros Estudios son una glorificación de Dios y de su acción sobre la humanidad. Mas precisamente porque estas creencias están en nosotros tan arraigadas, precisamente porque estamos convencidos de que la religión es el pan de vida de la humanidad, hacemos empeño en restablecer la realidad de las cosas. Los partidarios de la ortodoxia cristiana hacen bien en exhalar gritos de angustia, porque es su fe la

que pelagra, y mejor dicho, está ya arruinada. Pero los hombres del porvenir no tienen nada que temer de la incredulidad; nosotros la miramos cara á cara y sin temor, seguros como estamos de que allí donde se muestra absoluta é incurable no es más que un mal pasajero. Los mismos que han señalado la gravedad del peligro lo declaran. "El ateísmo, dice el pastor Naville, se manifiesta en la historia con los caracteres de una enfermedad crónica cuyas recrudescencias son crisis pasajeras. Las fuerzas vitales de la naturaleza humana triunfarán siempre. Desde que el ateísmo se anuncia abiertamente, la conciencia general protesta: jamás se llegará á persuadir al hombre que se contente con la tierra y con lo que ella pueda darle; se lo veda absolutamente su naturaleza. El hombre es demasiado grande para ser el hijo del polvo; el hombre es demasiado miserable para ser la cumbre divina del universo. "Si él se eleva, dice Pascal, yo le abato; si él se abate, yo le elevo," (1).

La incredulidad verdaderamente no es más que una oposición al cristianismo tradicional; y hasta cuando niega toda religión, lo que realmente ataca es al catolicismo. Hay un escritor cuyas paradojas han espantado al mundo; al decir que la propiedad es el robo y que Dios es el mal, parece que Proudhon ha llevado la impiedad hasta los últimos límites y que ha trastornado la sociedad hasta en sus cimientos. Pues bien; el audaz sofista, que prescinde de todo género de conveniencias, obedece él mismo á la vulgar preocupación, y sus tiros no llegan tan lejos como él cree ó como quiere hacer creer. Los católicos no comprenden que haya un verdadero cristiano fuera de la Iglesia, ni creen que pueda haber religión fuera del catolicismo; esas creencias se les imbuyen desde la cuna, y entran en la masa de su sangre; llegados á la edad de la razón, en vano rechazan la fe de su infancia; quedan siempre imbuidos de la idea de que el catolicismo es el verdadero cristianismo; y como no pueden creer en sus misterios ni en sus milagros, se imaginan que el cristianismo ha concluido. De eso á pensar que toda religión debe concluir hay poca distancia, y tal es, en realidad, el orden de las ideas de Proudhon.

Comienza éste por sentar como un axioma que todas las religiones son idénticas en el fondo, de

(1) NAVILLE, *El Padre Celestial*, discurso 3.º, p. 140-142.